

Un país llamado Cadenas

[Antonio López Ortega]

Una mirada posible sobre la literatura venezolana de hoy podría sopesarla en función de las desapariciones. Desaparecen los libros, los grupos, las tendencias, las editoriales o los lectores. Pero yo pienso sobre todo en los autores, en la lenta desaparición de los autores, ya sea porque mueren, porque los olvidamos, porque dejan de interesarnos o porque dejan de publicarlos. El prodigioso siglo xx, que tanto produjo, se está borrando frente a nuestras narices, y sus últimos representantes nos están diciendo adiós. Yo he sido, debo confesarlo, esencialmente un lector del siglo xx, y esos autores que lo urdieron, con los cuales conviví, ya no me extienden la mano. Quedan sus libros, por supuesto, si es que quedan, pero las presencias están demasiado frescas como para olvidarlas. En 1977, por ejemplo, vi por primera vez a la poeta Elizabeth Schön, sentada prácticamente frente a mí, recitando para los pocos integrantes de un taller que se llamaba «La Gaveta Ilustrada», pero Elizabeth, nacida en 1921, se nos fue un día de 2007, tan ingrátida como siempre lo había sido. También hacia finales de los años 70, en su pequeña casa de Altamira, he debido de visitar por primera vez a Juan Sánchez Peláez, un poeta que me marcó como pocos, con el que tuve una auténtica amistad, pero Juanito, como le decíamos, nacido en 1922, murió en 2003. Yo estaba en un congreso de literatura e hice esfuerzos para regresar desde Chile, que casualmente fue su país de juventud, como benjamín del legendario grupo Mandrágora, pero no llegué a tiempo a su entierro y ni siquiera pude retener una última visión de su cuerpo. Más recientemente, en 2012, moría Gustavo Díaz Solís, a mi manera de ver uno de nuestros más exquisitos cuentistas, nacido en 1920, a quien no conocí tanto por su carácter de hierro, pero sí admiré mucho. Es curioso el desdén que sentía por sus propias obras, sin duda maestras, como si no importaran, como si nadie las fuera a leer nunca. Por último,

en 2001, moría Salvador Garmendia, nacido en 1928, y en mi modesta lectura el más grande narrador venezolano de la segunda mitad de centuria, equivalente a lo que fue Rómulo Gallegos en la primera. Guardo la impresión de que Salvador murió un viernes, y el miércoles previo nos encontramos en una presentación del libro que me habían encargado. Yo leía mis palabras y lo veía al fondo de la librería, como envuelto entre sombras. En un momento dado, nuestras miradas se cruzaron, y él sostuvo la suya mientras yo apartaba la mía. Se estaba despidiendo con ese gesto, pero yo no lo sabía.

He citado a cuatro autores de los años 20, pero ya también desaparecen los autores de los años 30. El primero de ellos, Adriano González León, nacido en 1931, fue el primer ganador que obtuvo el legendario premio de novela 'Biblioteca Breve', en 1968, con un jurado presidido por Mario Vargas Llosa. Su enorme talento, su abigarrada cultura literaria, lo llevaron de la mano hasta un aciago día de 2008, cuando de pronto se quedó dormido para siempre en una barra. Otra pérdida lamentable, injusta, acaecida en 2008, fue la del gran poeta Eugenio Montejo, nacido en 1938, quien junto a Rafael Cadenas, sin duda, ha sido el que más proyección internacional le ha dado a la poesía venezolana en estas últimas décadas. Fue precisamente Montejo, autor de su emblemático *Adiós al siglo xx*, el que admitía que ese mismo siglo había cobijado en Venezuela a formidables poetas. En su afán de ordenamiento, Montejo sostenía que nuestras promociones literarias estaban signadas por el número 8. Así, se podían enumerar varias generaciones: la del 18, la del 28, la del 48, la del 58 y, agregaduría mía, la del 78. Esos años no marcaban nacimientos, sino más bien periodos de irrupción. Entiéndase entonces que la Generación del 58, por poner un ejemplo, marcaba el año en que la gran mayoría de los poetas nacidos en los años 30 comenzaban a publi-

car. Esa misma generación, por cierto, fue la de Montejó, pero también la de Cadenas, por no nombrar además a Guillermo Sucre, Alfredo Silva Estrada, Ramón Palomares o Juan Calzadilla, todos poetas esenciales.

Hago un paréntesis para resaltar que la poesía venezolana del siglo xx se apartó muy rápidamente de influencias postmodernistas, de resabios nativistas o de reacciones prohispanizantes. Ya Ramos Sucre, antes de su muerte en 1930, fundaba una senda estética difícil de obviar, pero también la Generación del 18, la primera del siglo, exhibía un inconfundible aliento cosmopolita. Es difícil de entender que en la opacidad del país reinante, que bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez se extiende desde las postrimerías del siglo xix hasta 1936, la poesía mirara hacia otros horizontes, claramente universales. Pero esa vocación ha sido la de nuestros poetas, lectores insaciables, que abrazaron los trazos de la vanguardia desde muy temprano. La herencia que tenemos, para fortuna nuestra, es la de la lujuria verbal, es la de la música de las formas, es la de la pulsión metafísica. Desde 1951, por no hablar de antes, en un libro llamado *Elena y los elementos*, Juan Sánchez Peláez marcaba un camino impostergable. Toda la poesía que no fuera la del deslumbramiento de las formas la tirábamos al cesto de la basura.

La obra poética de Rafael Cadenas ha representado, por qué no decirlo, la más importante aventura textual de estos tiempos. Sus poemas nos acompañan como talismanes desde 1958, con la aparición de *Una isla*, y ya son cinco décadas de cercanías, revelaciones, renunciaciones o aprendizajes. Mi generación, particularmente, ha crecido con esta poesía, ha bebido de ella, ha hecho suyas todas las sonoridades. Es nuestro poeta por antonomasia, nuestra secreta compañía, nuestro mascarón de proa. Se me dirá que este ensalzamiento nada tiene que ver con una poesía que reseña la humildad, que busca lo esencial de la vida, que se aparta de aspavientos, que ve en el yo —esa sacrosanta institución de Occidente— una gran trampa. Pero quizás nuestros accidentes históricos, nuestra ruina política y moral, ha visto en esta poesía del despojamiento, paradójicamente, una tabla de salvación. Nunca pensó Cadenas que su poesía pudiera significar tanto para tantos lectores que la buscan o que encuentran refugio en ella. Pero nuevamente son las circunstancias las que han obrado para que esta conjunción sea así.

Valga también decir que el referente país, de cara al apetito de las vanguardias, ha significado poca cosa. Se le relegaba, se le desdeñaba, se le guardaba en el cajón de los objetos perdidos. Pero esta convicción también mostraba que nadie valora lo que ya se tiene, como el aire que respiramos. El país, digamos, es un *fait accompli*, es el arma-

rio donde colgamos la ropa. Con esa seguridad, con ese terreno firme, la literatura avanza en libertad plena, pendiente de su propia evolución, rasgando las vestiduras del conservadurismo y sembrando flores en la cabeza de los obtusos. Hasta que, por supuesto, el país cesa, se detiene, se disuelve, que es lo que ahora ocurre. Nos quitan la pista desde la que despegábamos, nos ocultan las certezas, nos disuelven la cultura que nos explicaba o nos exponía. La libertad con la que una obra como la de Cadenas ha crecido o evolucionado para criticar el sentido de posesión, los tontos afanes, la vanidad, los modos superfluos de la vida de hoy, y apostar más bien por la trascendencia, por la llama que es todo ser, por una condición más celestial y menos terrenal, también cesa o se suspende sin las certidumbres que nos parecían naturales, eternas. Y es en estos últimos años cuando, sorprendentemente, sin que estuviera destinada a ello, la obra de Cadenas, a falta de país, crece entre adeptos y lectores para constituirse en un país alterno, con geografía propia, con habitantes, con sentimientos, con certezas. Ocurre así con las grandes obras cuando los sostenes que las postulaban desaparecen.

El país que en cuanto a esfuerzo colectivo ya no está, al menos sobrevive, con otras claves, con otras señas, en obras como la de Cadenas. Hablar de islas, de destierros, de derrotas, de falsas maniobras, de intemperies, de memoriales, de amantes, de gestiones, de dichos o de sobres abiertos da para una cartografía, da para un país minúsculo pero autosuficiente. En ese país nos refugiarnos, aunque sea a la intemperie, en espera quizás de que el otro país, el originario, resucite de las sombras. La obra de Cadenas, afortunadamente, ya no le pertenece: es una isla puesta a flotar, que deriva por múltiples corrientes, pero en la que vamos todos, apelmazados sí, pero felices. No es este el destino que el gran poeta, profesor de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, traductor, custodio puntual del lenguaje mal hablado, hubiese querido, creo, para sus versos, pero toda obra es finalmente de los lectores, de los tiempos que la reciben, de los jóvenes poetas que beben de sus aguas. La presencia de Cadenas, más allá de Cadenas; su vigilancia secreta, más allá de sus gestos parcos; su autoridad moral, más allá de quien solo esgrime como propósito de vida la humildad, se constituye en uno de los pocos regalos que estos malhadados tiempos nos han dado. Qué dicha que esa isla flotante sea de palabras; qué oportuno que ese país sea de certezas; qué sostén que esa deriva preserve verdades insoslayables. Cuando el país mayor que le hace falta al poeta reaparezca, tendremos tierra para saltar a la tierra, tendremos agua para bañarnos en los ríos, tendremos palabras para hablarlos los unos a los otros. ■ ■